

Miradas que luchaban en tus ojos
 Por imprimir su huella,
 Y lágrimas y anhelos y esperanzas
 Que en tu alma reclamaban existencia.

Todo lo de la raza: lo inaudito,
 Lo que el tiempo dispersa,
 Y no cabe en la forma limitada,
 Y hace estallar la estrofa que lo encierra.

Ha quedado en mi espíritu tu sombra,
 Como en los ojos quedan
 Los puntos negros de contornos ígneos
 Que deja en ellos una lumbre intensa.....

¡Ah! nó, no pasarás, como la nube
 Que el agua inmóvil en su faz refleja;
 Como esos sueños de la media noche
 Que en la mañana ya no se recuerdan:

Yo te ofrezco ¡oh ensueño de mis días!
 La vida de mis cantos, que en la tierra
 Vivirán más que yo... ¡Palpita y anda,
 Forma imposible de la estirpe muerta!

LIBRO PRIMERO.

CANTO PRIMERO.

I

El *Uruguay* y el *Plata*
Vivían su salvaje primavera;
La sonrisa de Dios de que nacieron
Aún palpita en las aguas y en las selvas;

Aún viste al espinillo
Su amarillo *tipoy*; aún en la yerba
Engendra los vapores temblorosos
Y á la calandria en el *ombú* despierta;

Aún dibuja misterios
En el *mburucuyá* de las riberas,
Anuncia el día, y por la tarde enciende
Su último beso en la primera estrella;

Aún alienta en el viento
Que cimbra blandamente las palmeras,
Que remece los juncos de la orilla
Y las hebras del sauce balancea;

Y hasta el río dormido
Baja, en el rayo de las lunas llenas,
Para enhebrar diamantes en las olas,
Y resbalar ó retorcerse en ellas.

II

Serpiente azul de escamas luminosas
Que, sin dejar sus ignoradas cuevas,
Se enrosca entre las islas, y se arrastra
Sobre el regazo virgen de la América,

El *Uruguay* arranca á las montañas
Los troncos de sus ceibas
Que, entre espumas é inmensos camalotes,
Al río como mar y al mar entrega.

El himno de sus olas
Resbala melodioso en sus arenas,

Mezclando sus solemnes pensamientos
Con el del blando acorde de la selva;

Y al grito temeroso
Que lanzan en los aires sus tormentas,
Contesta el grito de una raza humana
Que aparece desnuda en las riberas.

Es la raza *charrúa*
De la que el nombre apenas
Han guardado las ondas y los bosques
Para entregar sus notas al poema;

Nombre que aún reproduce
La tempestad lejana, que se acerca
Formando los fanales del relámpago
Con las pesadas nubes cenicientas.

Es la raza indomable
Que alentó en una tierra
Patria de los amores y las glorias,
Que al Uruguay y al Plata se recuesta;

La patria, cuyo nombre
Es canción en el arpa del poeta,
Grito en el corazón, luz en la aurora,
Fuego en la mente, y en el cielo estrella.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
MAY 1953 REYES
CARRANZA 1025 MONTERREY, MEXICO

III

La encuentra el pensamiento antes que el hombre
 Antiguo la sorprenda,
 En lucha con la tierra y con el cielo;
 Y en su salvaje libertad envuelta.

Para ella, el horizonte cierra el mundo
 Con un muro de piedra;
 Tras él duermen las tardes y las lunas,
 Tras él la aurora duerme y se despierta

Cruza el salvaje errante
 La soledad de la llanura inmensa;
 Y el amarillo tigre, como él hoseo,
 Como él fiero y desnudo, la atraviesa.

El tigre brama; el indio
 Contesta en el silbido de su flecha.
 ¿Dónde va? ¿Qué persigue? Tras su paso
 Sobre ese hermoso suelo ¿qué nos deja?

¿Para él está formada
 Esa encantada tierra

Que á los diáfanos cielos de Diciembre
 Les devuelve una flor por cada estrella?

¿Para él sus grandes ríos
 Cantando se despeñan
 Los himnos inmortales de sus ondas?
 ¿Qué fué esa raza que pasó sin huella?

¿Fué el último vestigio
 De un mundo en decadencia?
 ¿Crepúsculo sin día? ¿Noche acaso
 Que surgió obscura de la luz eterna?

La eterna lumbre sólo engendra auroras.
 La noche, las tinieblas
 Son ausencia de luz; la eterna noche
 Es sólo del Creador la eterna ausencia.

En esa raza, de su excelso origen
 Aun el vestigio queda,
 Como el toque de luz amarillento
 Que un sol que muere en los espacios deja.

Hay lumbre en esos ojos siempre huraños,
 Fuego que encienden sólo las ideas;
 Mas la lumbre se extingue, y una raza
 Falta de luz, se extinguirá con ella.

Nacida para el bien, el mal la rinde;
 Destinada á la paz, vive en la guerra. . . .
 ¡Hojas perdidas de su tronco enfermo,
 El remolino las arrastra enfermas.

IV

A las tribus lejanas
 Convocan las hogueras
 Que encendió Caracé sobre las lomas
 Como gritos de fuego y de pelea.

Caracé en cuyo cuerpo
 Las heridas se cuentan
 Como las manchas en la piel del tigre;
 Y por eso le prestan obediencia.

Caracé en cuyo toldo
 Las pieles y sangrientas cabelleras
 De los caciques *yaros* y *bohanes*
 Que su brazo arrancó, prueban su fuerza;

Que tiene diez mujeres
 Que aguzan las espinas de sus flechas,

Y los fuegos encienden de su toldo,
 Y el jugo de las palmas le fermentan.

Nadie sabe los fríos
 Que ha vivido el cacique; pero cuentan
 Que allá *en el tiempo de los soles largos*,
 Al Uruguay llegó, desde la sierra

Lejana, muy lejana,
 Que ve salir el sol, cuando las ceibas
 En que hoy anida el águila, sentían
 Correr la savia en su primer corteza.

Ya entonces había visto
 Cruzar las lunas en las *horas lentas*;
 Pero aún es joven, cual si con sus manos
 Contar sus fríos Caracé pudiera;

Aún en sus fuertes dedos
 Es la maza de piedra
 El brazo de la muerte que en las tribus
 Derrama el frío que en los huesos queda.

V

¿Por qué el viejo cacique
A las tribus congrega,
Toma la maza y apercibe el arco
Que nadie sino él cimbrar intenta?

¿Por qué bajo sus párpados
Brilla con luz siniestra
La pupila pequeña y prolongada
En que se encienden sus miradas fieras?

¿Acaso los *bohanes*
La vencida cabeza
Alzan de nuevo, y su guerrera lanza
Del charrúa clavaron en la selva?

¿Acaso al otro lado
Del río como mar, las humaredas
Se ven del indio *querandi*, y provocan
Del Uruguay la tribu turbulenta?

No: Caracé no teme
Que los indios se atrevan
A encender junto al *Hum* un solo fuego
Mientras seis lunas á brillar no vuelvan.

Lo que hace que el cacique
Ciña á su frente estrecha
Las plumas de avestruz, y ajuste el arco,
Y al par del fuego, su mirada encienda,

Es que tendido estaba
En la playa desierta,
Cuando vió que cruzaba por las islas
Del *Paraná-Guazú*, piragua inmensa

Que, como garza enorme,
Flotaba entre la niebla
Dando á los aires las extrañas alas,
Y volando con rumbo á la ribera.

El Uruguay en vano
Sale á su encuentro y ladra bajo de ella;
En vano, con sus olas encrespadas,
Sus costados airado abofetea;

La nave avanza altiva;
Lanza un grito del cielo que retiembla;

Llega á la costa y, agarrando al río
Por la erizada crin, en él se sienta.

VI

A Caracé el Cacique

Han rodeado las tribus más guerreras,
Y entre el espeso matorral del río,
Como banda escondida de luciérnagas,

Los ojos de los indios fosforecen,

Al ver sobre la arena

Cómo descenden de la extraña nave
Los hombres blancos de la raza nueva;

Y cómo, dando al viento

Y clavando en el suelo su bandera,
Se agrupan en su torno, y con sus voces
La sorprendida soledad atruenan.

¡Extraños seres! Brillan

A los rayos del sol. Nada recelan.
Y las lomas los miran y el barranco;
Y el Uruguay se empina y los observa,

Y los indios ocultos
Mutuamente se muestran,
Con los brazos desnudos extendidos,
El grupo extraño que al jaral se acerca.

VII

Entre inmenso alarido,
Una lluvia rabiosa de saetas
Parte del matorral, y de salvajes
Un enjambre fantástico tras ellas.

La bola arrojadiza

Silba y choca del blanco en la cabeza;
Cae al sepulcro el español herido
Amortajado en su armadura negra,

Y los guerreros blancos

Huyen despavoridos por las breñas,
Dejando sangre en la salvaje playa
Y una mujer en la sangrienta arena.

.....

Parece flor de sangre;
 Sonrisa de un dolor; es la primera
 Gota de llanto que, entre sangre tanta,
 Derramó España en nuestra vírgen tierra.

Pálida como el lirio,
 Sola con vida entre los muertos queda.
 Caracé, que á su lado se detiene,
 Con avidez salvaje la contempla,

Mientras los rudos golpes
 De las hachas de piedra
 Del postrado español en la armadura
 Y en los cráneos inmóviles resuenan.

VIII

“De los guerreros muertos
 Vuestra será la hermosa cabellera;
 Su blanca piel ajuste vuestros arcos,
 Y sus dientes adornen vuestras tiendas;

Y sus extrañas armas,
 Que brillan como el astro, serán vuestras;

Y los *tipoy*s que sus espaldas cubren
 Como las rojas flores á la ceiba.

Caracé solo quiere
 En su toldo á la blanca prisionera,
 Que de su techo encenderá los fuegos,
 Los fuegos del amor y de la guerra.”

Tal hablaba el cacique
 En sus brazos llevando á Magdalena
 Al bosque solitario de los talas
 En que el indio formó su madriguera.

IX

Hermanos del dolor, bardos amigos,
 Trovadores galanos de mi tierra,
 Que me seguís en la jornada obscura
 Al través del misterio de la selva:

Ensayad en el alma
 El acorde otoñal: la noche llega.

El acorde que suena cuando el ave
 Vuelve en silencio al nido que la espera;

Y hasta el lirio más pálido del campo
 Para dormir en paz su broche cierra,
 Y su perfume virgen
 Con el amor de otros perfumes sueña.

Vosotros, los que al peso de la tarde
 Inclinaís tristemente la cabeza,
 Y amáis el cielo cuando en él agita
 Su ala tremante la primera estrella;
 Calzáos las sandalias
 Con que hasta el alma del dolor se llega.

Si el alma vuestra, ¡oh bardos!
 Bañada en el Jordán de la tristeza,
 Es pura como la última palabra
 Que acaso os dijo vuestra madre muerta

Llegáos en silencio
 Al tálamo sangriento de la selva....
 Es ya de noche, los rumores lloran....
 ¡No despertéis á la española enferma!

CANTO SEGUNDO

I

¡Cayó la flor al río!
 Los temblorosos círculos concéntricos
 Balancearon los verdes camalotes,
 Y en el silencio del juncal murieron.

Las aguas se han cerrado;
 Las algas despertaron de su sueño,
 Y á la flor abrazaron, que moría,
 Falta de luz, en el profundo légamo....

Las grietas del sepulcro
 Han engendrado un lirio amarillento;
 Tiene el perfume de la flor caída,
 Su misma palidez.... ¡La flor ha muerto!